

### **José Luis, el académico que decía lo que pensaba**

La última vez que conversé con José Luis fue telefónicamente cuando me llamó para hacerme algunas consultas relativas al Seguro de Gastos Médicos Mayores, pues se encontraba preocupado de que la prima institucional se agotaba para atender su grave enfermedad. Se me partía el alma al escucharlo hablar con dificultades, pues intuí que pese a su tenaz lucha por salvar la vida, le quedaba poco tiempo...

Conocí a José Luis a principios de los años ochenta del siglo pasado en el Departamento de Sociología cuando se incorporó junto con su primera esposa Catherine Nelson nacida en Estados Unidos de Norteamérica. Hombre de izquierda como muchos otros académicos del Departamento, coincidimos al formar parte de un grupo de colegas que estaba convencido en construir un proyecto de académico departamental renovado, distante de las posturas de otros grupos de izquierda con las que inició la UAM a mediados de los setenta.

José Luis era en esos años uno de los pocos académicos que contaba con el grado de maestría, además lo había hecho en el extranjero, lo que de entrada le permitió “jugar” con más autoridad académica que muchos otros que no sólo no tenían ese grado, sino incluso ni la licenciatura concluida, como ocurría en amplias zonas del profesorado de la época.

Una de las polémicas más agudas que se gestaron en el Departamento de Sociología de los años ochenta tuvo que ver con la modificación al plan de estudios de la licenciatura. Plagada de cursos de marxismo, más parecía ser una escuela de formación de cuadros para alguno de los partidos políticos de esos años que pretendían hacer la revolución socialista, que realmente la formación de sociólogos competentes para desempeñarse en un mercado laboral que ofrecía muy buenas oportunidades en aquel entonces.

En ese contexto, José Luis y Katy, como le decíamos a su esposa, se sumaron a la propuesta que teníamos varios colegas en relación a la modificación curricular con objeto de reducir el número de materias de orientación marxista, para incorporar un serie de cursos de teoría sociológica contemporánea, metodología de la investigación social, técnicas de investigación, macro y microeconomía, etc.

Los debates, pugnas y enfrentamientos entre los académicos eran- a la luz de los años-, ridículos, totalmente ideologizados entre quienes defendíamos la propuesta de tener un curriculum que les diera opciones profesionales a los estudiantes, y que éramos acusados de reaccionarios y vendidos a la sociología burguesa norteamericana, y por otra parte los que sostenían que no debería de modificarse el plan de estudios y que, inclusive debería aumentarse el contenido de cursos de orientación marxista, incorporando autores del llamado obrerismo italiano. En esas disputas, José Luis siempre mantuvo una posición franca, abierta, y no en pocas ocasiones provocadora, lo que generaba frecuentemente enfrentamientos verbales acalorados, y más de una vez casi llegaban a los golpes, lo que había que evitar, porque llegar a los golpes con él era de pensarse, pues siempre fue hasta su muerte un hombre que persistentemente hizo ejercicio físico: era un tipo sano, fornido y musculoso.

Firme en sus convicciones, José Luis no tenía “pelos en la lengua” para expresar fundadamente sus ideas y argumentos, lo que sin duda le ganó muchos enemigos en el Departamento, asunto que le tenía sin cuidado, porque sus ideas las expresaba de frente, sin cortapisas, lo que no siempre ayudaba en las “negociaciones” con los otros grupos departamentales por ser “políticamente incorrecto”, en el contexto de una cultura política nacional, aun prevaleciente, donde decir lo que piensas abiertamente no es bien recibido. Mucho menos temerario que José Luis, en mi caso personal aprendí de él a perder el temor a expresar mis posiciones política-académicas en mi trayectoria académico-administrativa que inicié como coordinador de la licenciatura.

Ese hombre duro en sus planteamientos, hasta adusto para muchos, al punto que bromeábamos con él porque parecía mimetizarse con su objeto de estudio, los militares, en la vida privada se transformaba en una persona afectuosa, simpática y solidaria.

En la década de los ochenta, cuando yo vivía en la colonia Colina del Sur, cerca de la casa de José Luis, con mucha regularidad me daba aventones pues no tuve automóvil por cerca de un año. Esa cercanía mientras transitábamos por la urbe nos permitió construir una amistad que no sólo compartí con él sino con Katy, con sus dos hijos Alma y Carlos, mi exesposa y mis dos hijas. Varias tertulias en su departamento de la ciudad de México y en su casa de campo cerca de Cuautla fueron memorables, y de las cuales aun mis hijas, que eran muy pequeñas, las recuerdan, particularmente por la colección de muñecas Barbie que tenía Alma y con las cuales jugaban por horas.

Sorpresiva fue la noticia cuando supe que Katy padecía una enfermedad que la llevó a la muerte a muy temprana edad. José Luis desesperado buscó muchas alternativas médicas para salvarla... se nos fue...y por razones que no puedo explicarme, ni vienen al caso, mi relación con José Luis cambió. Nunca dejamos de conversar con cariño cuando nos encontrábamos en los pasillos del Departamento de Sociología, más de una vez me visitó a la oficina de la rectoría cuando ocupé ese cargo, y con gusto y entusiasmo recibí la noticia de que había reconstruido su vida a partir de su relación con Gaby, quien le inyectó aires remozados, al punto de volver a ser padre de una linda hija: Jazmín.

Supe por radio-pasillo que José Luis había enfermado mientras se encontraba disfrutando de su sabático. Me entristeció porque por su padecimiento sabía que le quedaba poco tiempo de vida, que era casi imposible que se salvara. Difícil fue escuchar su voz entrecortada cuando me llamó por teléfono para consultar mi opinión a la que me referí al principio de este texto, pero con gusto y con el aprecio que le tenía le ofrecí varios tips y mi apoyo irrestricto para cualquier cosa en cualquier momento que lo necesitara. Nunca me volvió a llamar y no tuve el valor de hacerlo tampoco, pero con mucha frecuencia pensaba en él y recordaba varios momentos de nuestra relación, en particular cuando conversé sobre la publicación de un libro que finalmente logramos concretar con la editorial Pomares de España, lo que me dio mucho gusto porque fue una forma de retribuir los aportes que como académico y periodista José Luis brindó a nuestro País.

Parafraseando a Epicuro, la partida de José Luis es una desgracia para quienes nos quedamos, pues perdimos a un hombre de valores, íntegro en sus convicciones, y que ahora que la violencia y los crímenes de Estado están a la orden del día, sus contribuciones analíticas hubieran sido fundamentales. Descansa en paz querido amigo.

#### **Adrián de Garay**

Jefe del Área de Sociología de las Iniversidades  
Departamento de Sociología  
Universidad Autónoma Metropolitana - Azcapotzalco